

“EL POBRECITO EMBUSTERO”

(Cómico)

EN la historia del teatro español de esta época el nombre de Víctor Ruiz Iriarte irá unido, sin duda alguna, al concepto de elegancia escénica, al sobrio y digno empleo de una arquitectura teatral clásica, pero remozada por el empuje nuevo y vivaz de un escritor que es, antes que nada, eso: escritor.

En “El pobrecito embustero”, la obra que ha presentado en el Sábado de Gloria madrileño Ruiz Iriarte, campean (otra vez) estas dotes literarias del autor al lado de una ajustadísima y virtualmente perfecta técnica teatral. Esta farsa, donosamente desarrollada a lo largo de tres actos muy brillantes, lleva en realidad en su entraña el caudal de una tragicomedia que fluye soterrada, pero impetuosamente a través de la peripecia del buen profesor Lorenzo. Junto a la gracia incisiva y sutil de la situación y de un diálogo ágil y divertidísimo brota de repente el chispazo angustioso de la emoción, sabiamente apagado luego por la maestría de Ruiz Iriarte, que no deja desafiarse su relato escénico por el fácil camino de una tentadora sensiblería. En ello estriba el mayor mérito de esta nueva pieza del joven maestro, que sabe sujetar como nadie los resortes de su artefacto teatral, al que dota de admirable eficacia y alto vuelo dramático.

Contada con sencillez, la anécdota cobra vigor de primer orden en ese segundo acto admirable, en la que el autor sirve a los espectadores una deliciosa sátira de un mundo actual, pero eterno, que se mueve en los vulgares confines de Villanueva, el lugar de la acción. Ingenio, ternura, poesía y emoción son las cuatro pilastras sobre las que se asienta, firmè, la farsa de Ruiz Iriarte. El resultado es un edificio teatral lleno de armonía y de brillo.

La obra fué presentada por la compañía de Carmen Carbonell y

Antonio Vico, que ofreció una representación perfecta. De todos los intérpretes queremos resaltar especialmente la labor de dos: Berta Blaza y Jorge Vico Carbonell. La primera hizo magistralmente su papel de colegiala, al que dotó de rasgos de ingenuidad, leve malicia y timidez sutil. El segundo interpretó su personaje, Pedrín, con acentos de admirable eficacia. El protagonista de la farsa, el gran actor Antonio Vico, insistió demasiado, a nuestro juicio, en un amaneramiento interpretativo que borró, por exceso, alguno de los matices de su estupendo personaje. Con todo, fué, en general, el dueño de la escena. Junto a ellos, Carmen Carbonell, Pilar Bienert, Mayda Monterrey, Lolita Gálvez, Maruja Carrasco y Joaquín Puyol compartieron el éxito de la obra. Éxito franco, rotundo, que se tradujo en encendidas ovaciones, a las que correspondieron autor e intérpretes saludando desde el escenario incontables veces.

V. S. R.